

# TRIÁNGULO



*Bernardo Revuelta Pol*

*Bernardo Revuelta Pol*

# TRIÁNGULO

## ÍNDICE

1. El Viajero .....	9
2. La Ninfa.....	35
3. El Soldado .....	59
4. El Cónclave.....	83
5. La Maestra.....	97
6. Los Muchachos.....	109
7. Los Hermanos .....	127
8. Los Confusos.....	143
9. El Inquisidor .....	161
10. El Cronista.....	181
11. Las Videntes .....	197
12. El Traidor .....	217
13. El Secuestro.....	239
14. Los encuentros.....	253
15. El Espejo .....	273
16. La Tregua.....	293
17. El Río.....	315
18. Las Citas.....	337
19. El Duelo.....	365
20. El Instructor .....	395
21. Allegro Piacévole.....	415

## EL VIAJERO

Entre todas las mujeres adúlteras de Westminster tuvo usted que elegir a la esposa del ministro?

El así interpelado se limitó a oscilar levemente la cabeza, quizás admitiendo que aquel episodio no había sido uno de sus más brillantes momentos. Aunque asunto de menor gravedad, como cometer un error escogiendo la corbata. Era un hombre de treinta y muchos años, alto, apuesto, elegantemente vestido y cuyo gesto cortés no ocultaba una actitud tolerantemente despectiva hacia su jefe y sus prejuicios morales.

—En mi descargo diré que no conocía a la dama. Es difícil imaginarla casada con Lord Massner. Excesiva diferencia de edad ¿no cree?

Lord Strathwaite prefirió no entrar en especulaciones sobre las circunstancias del matrimonio del ministro y volvió al ataque. No sentía gran simpatía por ese agente del Servicio Exterior, División de Espionaje, al parecer incapaz de conservar los pantalones puestos. Si bien reconocía su demostrada valía profesional. Aún así, puntualizó:

—Está usted perdiendo facultades. ¿No se dio cuenta de que les vigilaban?

—Perfectamente. Un joven flaco de ojos saltones. Supuse que era un investigador privado enviado por el marido. Pero cuando se lo hice notar a la señora no le concedió mayor importancia. Creo que saberse espiada excitó su ánimo.

—¡Era un agente del Servicio Secreto, por Júpiter! Entre los muchos defectos de Lady Massner se encuentra la ludopatía. Un asunto muy inconveniente si estás casada con el ministro de Comercio. Y pierde notables cantidades de dinero. El Servicio Secreto intenta evitar que se produzca

un escándalo. O al menos conseguir que no nos coja desprevenidos. Por eso la siguen. Y le identificaron a usted.

—En ese caso, mi intervención fue muy oportuna. Corté una racha espectacularmente mala. El público estaba congregándose en torno a la mesa de ruleta, a la espera sin duda de que la dama tuviese que subastar las joyas.

—¡Magnífico! A la afición al juego se añade el irse a la cama con un hombre a quien acababa de conocer. Lord Massner debería divorciarse cuanto antes. Pero ello arruinaría su carrera política, por supuesto. ¿Ha vuelto usted a verla?

—¡Cielos, no! Como escribió un pensador hespérico, lo bueno, si breve, dos veces bueno.

—Sus palabras le honran. Pero es curioso que mencione usted a Hesperia. Precisamente es allí donde va a ir. Espero que conserve fresco el idioma. Usará un pasaporte escandinavo. Será Jakob Bergen—respondió el jefe de los espías, pasándole una carpeta al agente secreto. Éste la ojeó durante unos minutos, levantando finalmente la vista con ligera perplejidad.

—Este informe de nuestro corresponsal tiene ya meses. No se le ha hecho ningún caso hasta ahora ¿cuál es la urgencia?

—Básicamente, poder asegurarle al Primer Ministro que usted se encuentra a mil millas del reino y de Lady Massner. Y de paso reforzar nuestra presencia clandestina en Mageria. La gente de la Embajada está toda fichada. De todas formas aprovechará también su estancia para hablar con el autor de este disparate. Debemos comprobar que no se ha vuelto definitivamente loco. Es John Hudson.

—¿De veras? Interesante...

—¿Le conoce?

—No personalmente, pero su *Viajes por Hesperia* fue mi libro de cabecera durante mis propios viajes por la península. Me gustará verle. No sabía que vivía en Mageria.

—Volvió allí hace unos diez años. Y nos remite regularmente unos informes sobre la situación general de la República. Agudos aunque heterodoxos. Así se gana unas libras. Pero ya ha visto este último. Demencial. Creo que se ha hecho un poco... cómo diría... nativo. Convive con una

cocinera hespérica. De Heráclea, creo. Le alimentará constantemente a base de ajo y aceite. Lamentable. Bien, ya lo verá usted con sus propios ojos.

Lord Strathwaite pulsó un botón y unos segundos después hizo acto de presencia su secretaria, que sin decir palabra ni dirigir la mirada al llamado Jakob Bergen depositó sobre la mesa una cartera con documentos.

—Pasaportes, billetes de tren, dinero, en fin, todo lo necesario. Parte usted mañana temprano. Puede retirarse.

El agente secreto abandonó el despacho y el jefe de los espías le comentó a su subordinada, que seguía allí, de pie, tiesa como una estatua, con la vista fija en un grabado colgado en la pared:

—Un hombre muy eficaz pero poco recomendable en otros aspectos. Hace usted bien en no darle ninguna confianza. Siga así.

Lord Strathwaite ignoraba que su consejo era totalmente inútil por tardío. Hacia años que la señorita Darnell había experimentado en sus propias carnes las teorías del señor Bergen sobre la necesaria brevedad de las relaciones placenteras.

Hubiera preferido Jakob Bergen llegar a Mageria en una de las majestuosas aeronaves, más ligeras que el aire, que partían desde Westminster o desde Lutecia. Pero los vuelos de esas lujosas líneas aéreas destinadas a pasajeros selectos habían sido suspendidos como parte de las sanciones impuestas a la República de Hesperia. Una consecuencia más de la aciaga guerra del desierto. Por ello tuvo que tomar la más lenta e incómoda ruta terrestre, viajando en ferrocarril hasta la frontera pirenaica. El tren quedó en la estación de Hendaya, población donde el señor Bergen, tras contratar a un mozo de carga para ocuparse del equipaje, tomó un ligero almuerzo mientras observaba distraídamente a las bañistas de la playa cercana. También se había cortado el paso directo de los trenes, obligando a los viajeros a transbordar por sus propios medios entre las estaciones de un lado y otro del río Bidasoa. A media tarde caminó por el puente internacional hasta llegar al edificio de aduanas ya situado en territorio de Hesperia, en la Regencia de Guipúzcoa. Le llamó la atención la existencia de alambradas y blocaos, ocupados por aburridos soldados escondidos en las sombras. Ostensibles medidas militares ante la amenaza de una invasión gala. Pero probablemente adoptadas por motivos de política

interna, pensó el viajero al constatar la fragilidad de tales defensas. Más para mostrar al pueblo la necesidad de permanecer unido con sus dirigentes, frente a un ataque exterior, que por la inminencia de tal eventualidad.

No habían cruzado la frontera muchos pasajeros, por lo que los desocupados Guardas de Aduanas concentraron su atención en aquel caballero insultantemente aristocrático que semejava un terrateniente visitando sus posesiones.

—Jak... Jakob Bergen, dice que se llama...

—Eso pone en el pasaporte, sí.

—De Escandinavia.

—Así es.

El Guarda Uno examinó concienzudamente el documento, como intentando descubrir mercancías ocultas entre las hojas.

—¿Cuál es el motivo de su viaje?

—Debo reunirme con mi editor. Soy escritor.

Conocer el oficio del viajero no mejoró la opinión del funcionario. Miró hacia su compañero, el Guarda Dos, ocupado en bucear en el interior de las maletas del señor Bergen, con la esperanza de que hubiese descubierto algún producto prohibido. Pero tan solo apareció un par de volúmenes impresos, de contenido y título indescifrables, pues estaban escritos en escandio. Aún así podía reconocerse el nombre de Jakob Bergen en las cubiertas y la contracubierta de uno de ellos mostraba una foto del sujeto en cuestión, una pipa entre los dedos y fija la mirada en el horizonte. Renunciando a encontrar algún motivo para impedir la entrada al pasajero, el Guarda Uno acribilló el pasaporte con un pesado sello y lo devolvió, advirtiéndole que el permiso de estancia caducaba en un mes.

—¿Escritor? ¡Qué fascinante! Quizás haya leído alguna obra suya.

—Es difícil, mi querida señora, aún no se ha publicado nada aquí en Hesperia. Estudiar la posibilidad de una traducción es uno de los motivos de mi viaje. Me dicen que la censura es ahora más laxa, al menos para ciertas materias. Algunos sectores habían considerado mis libros excesivamente atrevidos.

—¡Señor! ¿Acaso escribe usted indecencias?—exclamó escandalizado don Roberto Gaspariño, abandonando el hosco silencio mantenido

durante toda la cena. Había acogido con sentimientos encontrados el compartir la mesa en el vagón restaurante con ese extranjero tan alto, tan joven y tan desagradablemente guapo. Por un lado su esposa, doña Márgara, al igual que la otra comensal, la señorita Rames, habían quedado como obnubiladas por el Apolo nórdico. Asunto un poco molesto, pero por otra parte ello le libraba de la obligación de dar conversación a ambas damas, lo que no era poco. Sin embargo, no estaba dispuesto a tolerar la presencia de un libertino.

—No me interprete mal, don Roberto. Es el trasfondo filosófico de mi obra lo que escandaliza a algunas mentes. Las ideas, no su representación.

—¿Y cuáles son esas ideas, señor Bergen?—preguntó Ofelia Rames, cuyo oficio de profesora particular le hacía imaginarse pertenecer al mundo de la intelectualidad.

—En mis novelas se describen los anhelos y aspiraciones de la mujer moderna, esos deseos tan largamente reprimidos en algunas sociedades.

El señor Gaspariño se limitó a emitir un bufido y a terminar el café, pero ambas señoras enrojecieron levemente mientras clavaban sus ojos en el escritor audaz. Difícilmente podría ser considerada ejemplo de mujer moderna ninguna de las dos, un concepto vagamente asociado en sus mentes con una vida de desenfreno sin límite que hubieran deseado conocer más a fondo. Y Jakob Bergen estiró discretamente la pierna por debajo de la mesa hasta acariciar con ella la de la señora de Gaspariño, que se llevó apresuradamente a la boca el vaso de vino pero no eludió el contacto. Algo debió notar la señorita Rames, sentada junto al espía, porque se inclinó hacia él para pedirle que le explicara con más detalle su visión de la mujer. Pero se produjo en ese momento una inoportuna interrupción. Tres caballeros habían organizado una mesa de juego y uno de ellos se acercó para invitar a los señores a unirse a la partida.

El agente secreto había estado esperando la retirada del matrimonio Gaspariño para llevar a buen término sus planes con relación a la señorita Rames. Pero la invitación a la sesión de juego, lejos de estropearle la noche, le hizo pensar en la posibilidad de cobrarse dos piezas en lugar de una.

La maniobra estratégica urdida por el señor Bergen se ejecutó con precisión milimétrica. Una vez comprobado que ambas damas se retiraban desilusionadas a sus respectivos coches, le bastaron tres manos para perder



todo el dinero puesto sobre la mesa, que fue a parar al señor Gaspariño. Y se levantó, con gesto apesadumbrado, sin que su ausencia molestase en lo más mínimo a los demás jugadores. Recuperada la libertad de movimientos, recogió de la mesa de la cena una botella de vino aún medio llena y una copa, y así equipado marchó al segundo coche cama, sabedor del número del compartimento ocupado por doña Mágina. Por algún motivo ese dato se había deslizado durante la conversación, y también el de la señorita Rames, esta última alojada en el mismo coche que él. Llamó a la puerta, dijo quién era y la puerta se entreabrió, apareciendo una señora de Gaspariño algo ruborizada, cubierta por una larga bata que dejaba adivinar que no llevaba nada debajo y mirando asustada hacia el pasillo.

—¿Ya... ya han terminado? ¿Y mi marido?

—La partida continúa y su marido realiza grandes proezas. Sin duda tardará un buen rato en volver. He pensado que le gustaría beber algo fresco. ¿No le importa compartir la copa, verdad? Hace un calor insoportable. Ha hecho bien en desnudarse.

La mujer dio un breve paso hacia atrás y Jakob Bergen, agudo lector de la expresión corporal femenina, pasó al interior cerrando la puerta tras él.

La primera fase de la operación fue rematada con éxito y rapidez. No era conveniente verse sorprendido por un marido enfurecido en un lugar carente de vías de escape. Una situación no peligrosa pero sí embarazosa. Y tampoco veía el señor Bergen la necesidad de perderse en prolegómenos y menos aún en epílogos. Así que apenas transcurridos cinco minutos, volvió a abrirse la puerta del compartimento adulterino, el espía seductor comprobó que el pasillo seguía vacío y se fue a su propio departamento, en el coche siguiente. Tras asearse un poco salió de nuevo, en mangas de camisa, a fumar el reglamentario cigarrillo postcoital. Y pasado un tiempo prudencial llegaron los jugadores, de vuelta a sus nidos, incluyendo un sombrío señor Gaspariño que había sido desplumado tan pronto perdió la discreta ayuda del señor Bergen.

El trasiego de pasajeros alertó a la señorita Rames, que todavía vestida se asomó al pasillo, encontrando al rubio extranjero a un metro de su puerta.

—Quería dejar abierto un rato para que haya corriente... hace tanto calor—explicó, tan ruborizada como antes doña Mágina y sospechando que sus motivos resultaban transparentes.

—Es una pena que no dispongamos de baño, Ofelia ¿puedo llamarla así? Pero hay agua corriente en ese lavabo. Pasar un paño húmedo sobre la piel ayudaría mucho—contestó el viajero escritor, señalando una sábana doblada sobre la cama del compartimento.

—Sí, sí... seguiré su consejo...

—¿Por qué esperar?—insistió Jakob Bergen rozando con un dedo la frente de su admiradora y descendiendo luego hacia la abotonadura de la blusa.

El agente secreto dedicó mucho más tiempo a recorrer la piel de la señorita Rames, y no sólo con el paño, que el invertido con la señora de Gaspariño. Ya no había amenazas en el horizonte y no le disgustaba ejercer de pedagogo cuando la ocasión era propicia. Era noche avanzada cuando se vistió y volvió a su propia cama a gozar del muy merecido descanso. Y no se le volvió a ver hasta la entrada del tren en la Estación del Norte.

Ocupados todos con la descarga de equipajes y la búsqueda de vehículos, hubo poco tiempo para despedidas. Tan sólo la señorita Rames, escoltada por una prima de hirsuto bigote que había ido a recogerla, se atrevió a preguntar a Jakob Bergen dónde se alojaría en Mageria.

—En el Hotel Palacio, querida amiga ¡ya nos veremos!—y saltando ágilmente a bordo de su carruaje, el espía ordenó al cochero, tan pronto se hubieron alejado unos metros:

—Lléveme al Hotel Victoria.

Con giros perezosos las aspas de los viejos ventiladores agitaban inútilmente el aire recalentado y espeso del vestíbulo del hotel. Huéspedes y visitas se repartían por los gastados sofás y butacas que amueblaban aquel espacio amplio, de grandes ventanales apenas velados por visillos ennegrecidos, huecos protegidos del sol de agosto por toldos de colores quemados por la luz. Por la pretenciosa escalinata conducente a los pisos superiores descendió el viajero del norte, caballero de estampa muy superior al decrepito entorno arquitectónico, deteniéndose poco antes de llegar al desembarco. Desde esa situación dominante examinó al per-

sonal derrengado por la sala hasta fijar su atención en un individuo en particular. Era éste un hombre cuarentón, muy moreno de pelo y tez, de bigote poblado y entradas profundas, que sentado en un tresillo miraba desesperanzado al ventilador más próximo, a la espera de un milagro que trajese una mínima frescura a su rostro cubierto de sudor. Y como opción alternativa agitaba débilmente su sombrero de paja junto a la cara. El señor Bergen se aproximó y sentó en una butaca cercana, cruzando elegantemente las piernas y diciendo, a modo de saludo:

—Emilio Landínez, supongo. Las olas mueven la arena.

—Pero se rompen contra las rocas. Usted es Bergen, claro. Siempre me he sentido ridículo con esto de las contraseñas. Sí, soy Landínez. A su servicio. Me he olvidado el abanico en casa, maldita sea. ¡A quien se le ocurre emprender una misión en Mageria en pleno agosto! Debería estar en las playas del norte y no en este horno.

—Todos debemos atenernos a nuestro deber, señor. Hace años que no venía a Hesperia. Debo decir que me ha sorprendido desagradablemente el deterioro general.

—Sí, todo va de mal en peor. Aunque me extraña su sorpresa. Ustedes han puesto algo de su parte. Pero en fin, vayamos al grano.

—Hay un maletín para mí en la embajada. Ha llegado por valija diplomática. Debe traérmelo.

—Se hará mañana por la mañana. Utilizaré al servicio que lleva las compras desde el mercado. A la vuelta sacará el paquete. Los agentes de la Milicia Ciudadana inspeccionan lo que entra pero no tanto lo que sale.

—¿Está la embajada bloqueada por la Milicia?

—Se trata de proteger la sede diplomática de las justas iras del pueblo. Oficialmente, claro. El personal de la embajada tiene libertad de movimiento, también oficialmente, pero vigilados estrechamente cuando se mueven por la ciudad.

—Bien, le esperaré aquí mañana. Otra cosa. Nos hará falta un automóvil.

Emilio Landínez se permitió una risa sarcástica antes de responder.

—¿Es que ha visto muchos coches circulando por las calles? Es imposible.

—Sin duda podemos alquilar uno. El dinero no es problema.

—Podemos alquilar cien, y baratos. Pero no hay ni gota de gasolina. Un efecto de las medidas de su gobierno y demás aliados. La poca o mucha que llega a la República, eludiendo el embargo, se destina íntegramente a las fuerzas armadas. Y para los coches oficiales de las altas jerarquías, claro. No estaría bien que el Gran Conductor se desplazase en bicicleta.

—Seguramente hay un mercado negro.

—Para muchas otras cosas sí, por supuesto. Pero un automóvil privado llamaría demasiado la atención. Nos detendrían en el primer cruce. Preferirá moverse con discreción, supongo. Podemos recurrir a un carruaje de tracción animal. De esos hay muchos disponibles.

—Imagino que ello explica el perfume que impregna las calles. Está bien, encárguese de ello. Mañana debo hacer una visita. En la Ciudad Lineal. Le espero aquí a las once. A usted, con el maletín y el carro. Pasemos al bar. Es urgente tomar algo frío.

—¿No le importa que el coche venga aquí? Seguramente el hotel está vigilado.

—Mi papel es el de escritor. Y voy a ver a otro escritor, auténtico y bien conocido. Nuestro encuentro será perfectamente justificable. Servirá de corroboración. Mejor si se enteran.

—¿Puede saberse lo que contenía el dichoso maletín?

—Algunas cosas necesarias en mi trabajo y difíciles de explicar en la aduana.

—¿Como por ejemplo...?

—La Browning 1910 que llevo bajo la chaqueta.

—¡Magnífico! Fácil de explicar a los milicianos cuando nos paren.

—¿Por qué iban a hacerlo? La ciudad está cochambrosa, pero bastante tranquila por lo visto hasta ahora. Sosiéguese. Le encuentro algo nervioso.

—A usted le deportarían o como mucho le meterían una temporada en la cárcel. A mi me fusilan.

A bordo del carruaje procurado por Landínez, rumbo a la Ciudad Lineal, Jakob Bergen observó pensativo a su compañero, permanentemente sudoroso y no sólo por el calor.

—Son gajes del oficio, señor ¿Cómo decidió usted dedicarse a esto que parece gustarle tan poco?

—¿Que por qué? ¡Por el dinero, maldita sea! ¡Por las tetas de Cibebes!

Bergen alzó una ceja inquisitiva y al cabo de un poco Landínez accedió a ampliar sus explicaciones.

—Me dedicaba a las importaciones. Del Reino de Britania principalmente. Productos industriales. Aparatos de radio, cámaras fotográficas, equipos eléctricos... La cosa se puso difícil con la inflación. Nuestra moneda no vale una mierda. Mis clientes de aquí no podían pagar esos precios. Aguantaba a duras penas, hasta que se declaró el embargo. Eso fue la puntilla. Viajé a Guasmistra, intentando negociar una forma de eludir los controles. Tal vez importando la mercancía a través de algún estado neutral. No conseguí nada y estaba a punto de volver a Hesperia cuando me visitaron unos caballeros. Colegas suyos, seguramente. Brown y Smith dijeron llamarse. Puede imaginarse lo demás, si es que no lo sabe.

—Harían la vista gorda con sus transacciones mercantiles a cambio de ciertos servicios. En Britania siempre hemos sido grandes partidarios de la libertad de comercio.

Durante unos minutos Emilio Landínez se explayó a gusto, haciendo hincapié en el redomado cinismo de los señores Brown y Smith, exigiendo que los intercambios se llevasen a cabo por medio de terceros, para no empañar ante la opinión pública la sólida postura del Reino.

—No puede saberse que seguimos exportando a la República de Hesperia, dijeron. Estaría mal visto, siendo ellos los principales promotores del embargo.

—Sí, sobre todo teniendo en cuenta que esos productos, aunque no sean armas, sin duda tienen aplicación militar. Los vende al Ejército ¿no es cierto?

—¿Vender? ¡Más bien regalar! Me pagan con unas letras que nadie me descuenta. Apenas me sirven como garantía para renovar las pólizas de crédito.

Jakob Bergen comenzaba a encontrar tedioso el relato de las desventuras financieras de su cómplice y al ver como el carruaje tomaba una curva, enfilando una amplia avenida, cambió de tema, exclamando:

—Esto debe ser la Vía Circular, supongo. Aún estaba en construcción la última vez que vine a Mageria.

El señor Landínez suspiró, echando una ojeada a la ancha calle por la que circulaban, de tres carriles en cada dirección y con doble vía de tranvía en su centro, arteria que constituía el eje de la Ciudad Lineal.

—Uno de los grandes proyectos puestos en marcha después de lo del diecisiete. Íbamos a convertir Mageria en la más moderna capital de Europa. Con esta Ciudad Lineal que debía rodear toda la ciudad antigua y sus bosques circundantes. O con el ferrocarril suburbano. También se querían sanear los canales de una maldita vez. Y ya ve.

—No está nada mal, aunque las edificaciones desmerecen un poco.

En efecto, los edificios alineados a lo largo de la Vía, aunque de construcción relativamente reciente, mostraban síntomas de deterioro y mal uso. Pensados para viviendas, ahora también alojaban colmados, talleres, almacenes, hostales y pensiones, casi todo de mediocre, incluso ínfima, categoría. Muchos estaban vacíos o tomados por menesterosos, sentados a la sombra observando el escaso tráfico de la calle. Los pretendidos jardines se veían cubiertos de maleza u ocupados por huertos caseros torpemente cultivados, cuando no utilizados como vertederos. Les adelantó un tranvía, uno de los pocos elementos del proyecto original aún en funcionamiento, aunque falto de algunos cristales en las ventanas y con la pintura vieja y descolorida.

Siguieron en silencio hasta detenerse ante una finca en mejor estado que la mayoría, no tanto por la construcción, cuya fachada no carecía de desconchones y desprendimientos, como por un jardín cuidado con esmero. Y entre setos, árboles y macizos de flores pululaba un viejo y sonrosado vecino ataviado con holgado blusón, protegida la cabeza con gran sombrero de paja y calzado con zapatillas de esparto. Pues es cierto que se ha hecho nativo, se dijo el señor Bergen, reconociendo al autor de *Viajes por Hesperia*.

Habiéndose identificado ante el señor Hudson, el espía ordenó a Landínez pasar a recogerle después de la hora de comer y fue a reunirse con su anfitrión, que le aguardaba bajo un frágil porche de postes de madera y techumbre de cañas y brezo. Protegidos del sol y acomodados en sendas butacas de mimbre, ambos caballeros se observaron mutuamente con cierta curiosidad. Y rompió el silencio el señor Hudson, llamando a gritos a alguien de nombre Paca. Sin apresurarse demasiado apareció una

fémica de no mucha estatura pero de carnes abundantes, muy morena y vestida con una bata de trabajo. La heráclida sin duda, pensó Bergen.

—Es Paca. Me lleva la casa. Tráenos más limonada, por favor, Paca. Y prepara ya el gazpacho, que le dé tiempo a enfriarse. Poco ajo, Paca. Nuestro invitado no está muy acostumbrado.

La silenciosa mujer se retiró a cumplir con el encargo, seguida por la evaluadora mirada de Bergen, fija en su bamboleante retaguardia. Interrumpió su observación el hesperista, exponiendo un reproche.

—Se han tomado su tiempo en responder. Envié el informe hace más de tres meses. Y al no recibir ningún tipo de acuse de recibo pregunté en la embajada. Me confirmaron que llegó sin novedad. Pero en fin, ya está usted aquí.

—Los designios de Lord Strathwaite son inescrutables, querido amigo. Se rumorea que mi presencia en Hesperia se debe tan solo a la imperiosa necesidad de no estar en Britania.

—Humm... me está diciendo que no se creen nada... piensan que estoy senil...

—¡No, por Júpiter! Permítame asegurarle que yo en particular soy uno de sus más fieles admiradores. Al cumplir los veinte años dediqué dos a viajar por Hesperia. De ahí mi dominio del idioma. Su libro era mi compañero inseparable. Viejo y gastado, ocupa un lugar de honor en mi biblioteca.

—Yo soy el viejo y gastado, joven. Pero no he perdido la cabeza todavía. Aunque comprendo que mi escrito resulte difícil de creer. Incluso a mí me lo parece. Pero he dedicado estos meses de espera a corroborar algunas de mis afirmaciones. ¡Ah, la limonada! ¡Excelente, excelente! Gracias, Paca.

Ambos caballeros se refrescaron con unos sorbos del brebaje antes de que John Hudson siguiera hablando.

—Usted ya lo ha leído, por supuesto, pero será mejor que vuelva a oírlo todo de mi propia boca. Tenemos tiempo hasta la hora de comer.

—Cuando volví definitivamente a Hesperia, instalándome en este barrio vanguardista que aún no mostraba síntomas de putrefacción, lo hice con la intención de redactar mis memorias. Desde joven había llevado

unos diarios detallados, docenas de cuadernos manuscritos que serían la base de mi última obra. Pero en esas memorias esta peculiar nación volvería a ser la protagonista, o mejor dicho mi antagonista. Mis editores llevaban años pidiéndome unos nuevos viajes por Hesperia. Los primeros tuvieron un éxito en toda Europa que nunca ha dejado de sorprenderme. Pero viajar ya no me gustaba tanto. No era tan joven, y las comunicaciones en esta península siempre han sido una tortura. Rodar a bordo de esos trenes, lentos, sucios, impredecibles, me resultaba muy poco atractivo. Sabrá a lo que me refiero, si ha venido a Mageria en ellos. Mejor trabajar instalado aquí en la capital, como en una atalaya desde la que observar el conjunto, sin perderme en los detalles como en mi libro anterior.

Me produce una extraña fascinación este país. Esa incorregible locura política, con sus múltiples Regencias y Consejos. Siempre enfrentados, obstruyéndose, paralizándose unos a otros. Como un intento deliberado de crear un caos perpetuo, un caos que cambia constantemente de aspecto permaneciendo siempre igual. Los odios fratricidas. La traición recurrente. Surge este Partido con su Primer Dirigente, con voluntad de unificación, mera apariencia, pues sin embargo reproduce en su seno las discordias y conflictos que afligen a la totalidad. Recordará lo ocurrido hace apenas dos años. El asesinato del Regente de Aragón. Todos sabemos que fue un asunto interno, aunque no quién lo promovió exactamente. Más pronto que tarde será el mismísimo Gran Conductor el traicionado por los suyos. Y así una y otra vez. Me sorprende el temor del Reino de Britania o de la República Gala, ese afán de intervenir, de bloquear. ¿Cómo pueden percibir a Hesperia como una amenaza, si serán los propios hespéricos los que se acometan entre sí? Un acto de crueldad, las sanciones exteriores y el bloqueo comercial. Ya ha visto usted la pobreza que se palpa en todas partes. Y por otro lado es casi el único argumento que le resta al Generalísimo para sostenerse en el poder. El enemigo exterior. Lo explicaba una y otra vez en mis informes, pero no parece que me hicieran mucho caso.

Se agradece la limonada fría, con este calor. Pensé hacer una sangría, pero no debo abusar del alcohol. Supongo que conoce esa bebida, si ha viajado por Hesperia tanto como dice. Refreshante y deliciosa pero produce un insoportable dolor de cabeza. Arruina la siesta. Piensa que



estoy divagando... nos pasa a los viejos... en fin, volvamos al asunto que nos atañe... ¡Ah, es el alguacil Otero! Tengo visita, Otero, un colega de Escandinavia... ¡pásese luego, esta tarde!

Otero, como cabo de alguaciles, tiene la obligación de reprimir el mercado negro. Por fortuna es hombre de amplias miras. Sabe que de no ser por ese comercio libre la gente sufriría penalidades aún mayores. Así que se limita a evitar la comisión de engaños y abusos, al menos los más excesivos. Sus meritorios esfuerzos son compensados con un razonable porcentaje del volumen de intercambios, que luego comparte con sus hombres. Esa tolerancia me permitirá ofrecerle a usted, estimado amigo, un almuerzo acorde con su ilustre condición. Aunque ligero. Después del gazpacho, jamón, escabeches, queso y fruta. Y algún vino más noble, de las riberas del Douro tal vez. Insoportable tomar algo caliente en este tiempo. Es usted paciente conmigo, a pesar de su juventud... no se preocupe, ya llegaremos al motivo de su visita. Pero le conviene conocer las circunstancias y los antecedentes para formarse un juicio atinado ¿No quiere quitarse la chaqueta?

En realidad no se vive mal, aquí en Hesperia. Y todo iría mejor si los nativos mostrasen más perseverancia y sobre todo no invirtiesen tanto esfuerzo en perjudicar a sus paisanos. Pero aún así, la vida es agradable si tienes algo de dinero, por supuesto. Nunca he sido rico. La literatura da poco, incluso cuando alcanzas el éxito. Mi familia pudo enviarme a la Universidad, a Paso de Bueyes, como aquí la llaman. Adivino que también usted estudió allí. Pero cuando terminé no se podían permitir pagarme el Gran Viaje por Europa. Recorrer Galia, Germania, Bohemia, Moscovia... en fin, era inalcanzable. Hesperia era más asequible y por eso vine. Una suerte. Me quedé seis años en aquella primera ocasión, ayudándome con artículos que enviaba a la prensa de Westminster, o Guasmistra en la terminología local. Y escribí los *Viajes*. Antes de cumplir los treinta años me había convertido en el hesperista oficial del Reino, incluso de Europa. Le haré una confesión. Buena parte del éxito de ese libro se debe a estar lleno de tópicos. Sin pretenderlo dí a mis lectores lo que estos esperaban.

De nuevo en Britania probé suerte en el teatro. En ese género el triunfo conlleva fama y dinero. Y también la ocasión de tratar con acrices. Ni siquiera de joven gozaba yo de un físico seductor, como es su

caso, si me permite decirlo. Pensaba que adquirir celebridad como autor teatral compensaría otras carencias. Me costó mucho tiempo estrenar alguna de mis obras. Fue un desastre. Los críticos me despellejaron y se retiró de cartel a los tres días. Sigo pensando que no era tan mala... pero abandoné. Daba conferencias, publicaba artículos en la prensa y también algunos libros más de viajes. Esos siempre se vendían razonablemente bien. Es decir, que estaba encasillado. Pero podía pagar las facturas, y en el fondo no era una vida incómoda. Por aquellos años el novísimo arte del cinematógrafo ya se había convertido en el espectáculo favorito de las masas. Se estrenaban películas constantemente. Un día me llamaron de esa industria recién nacida. Querían contar con mi asesoramiento para una producción ambientada en Hesperia. En realidad sólo les interesaba incluir mi nombre en los créditos. Pensaban obtener así una cierta respetabilidad cultural. Pero pagaban bien, y por fin conocía de cerca a esas mujeres maravillosas solo vistas en los escenarios o en las pantallas.

La película resultó ser un espanto, y por supuesto un gran éxito de público. Al verla, horrorizado, constaté que esas imágenes estaban más inspiradas por mi obra de lo que hubiera deseado. Esos tópicos, esos lugares comunes, magnificados hasta el ridículo en una historia de pasiones desatadas, eran sin embargo los mismos utilizados para construir los *Viajes*. Al salir me hice el firme propósito de volver a Hesperia, escribir un nuevo libro donde plasmar una visión más profunda y verdadera de la realidad de este país. Pero estalló la Gran Guerra. Fui reclutado, no exactamente para ir al frente, sino para los servicios de propaganda, como tantos otros escritores. Un periodo de mi vida interesante, por decirlo de alguna manera, pero que nos aparta de la historia que usted desea conocer. Podrá leerlo en mis memorias, si consigo terminarlas.

Le noto inquieto. Será el calor ¿No se quita la chaqueta? Sospecho que oculta algo debajo, en fin, usted verá. La próxima visita hágala por la noche. Puesto el sol, cenar en este jardín resulta extraordinariamente agradable. Una de las ventajas de vivir en Hesperia. El clima, cuando se aprende a convivir con él. Paca podría preparar algún pescado. Por extraño que parezca, estando tan lejos del mar, lo hay excelente en Mageria. Si te lo puedes permitir, naturalmente. En ese aspecto no me puedo quejar. La inflación me ha venido muy bien, a la hora de cambiar las libras por

reales. Nuestro Servicio Exterior es muy formal en el cumplimiento de sus compromisos monetarios. Incluso lo han hecho con ese último informe que consideran una locura. Tarde, pero han abonado lo convenido. Me hacen la transferencia a través de mi editorial. Sabe, cuando hace ya muchos años comencé a colaborar con el Servicio, no me pagaban. Sostenían con la mayor seriedad que trabajar gratis para el Reino era una obligación patriótica. Pero ellos sí cobraban todas las semanas, por supuesto. Costó tiempo hacerles entender cómo son las cosas.

Apenas acabada la Gran Guerra ocurrieron en Hesperia lo que siguen llamando los incidentes, o sucesos, del diecisiete. Bonito eufemismo. El Servicio se puso nervioso al verlos venir y me pidieron, mejor dicho me obligaron a regresar aquí. Lo que hice poco antes del estallido. Aunque me quedé en Olisipo, por si acaso. La Regencia de Atlántida siempre ha sido un poco más pacífica. En ese tiempo conocí a una funcionaria de nuestro Consulado en aquella capital y terminamos casándonos. Su máxima ilusión era volver a la isla, y eso hicimos un par de años después, cuando parecía que aquí las cosas habían vuelto a una relativa normalidad. El proyecto de un nuevo trabajo sobre Hesperia fue aplazándose indefinidamente. Mi mujer no soportaba la idea de salir de nuevo de Britania. Nunca jamás, decía. Es una de esas compatriotas nuestras, tan abundantes, que creen firmemente que fuera de las islas sólo existen la barbarie y el pecado. Y en Hesperia con mayor intensidad si cabe. Se preguntará usted por qué se casó conmigo. También yo lo hago. Nos separamos a los pocos años de volver a Guasmistra. Por ese motivo, y algunos otros que no vienen a cuento, me sentía incapaz de acometer una obra de la magnitud ambicionada. Pasaba el tiempo y un día decidí que ese trabajo podría integrarse en mis propias Memorias. Pero sólo podría hacerlo aquí. Y volví hace unos diez años, instalándome en esta Ciudad Lineal entonces nueva y floreciente. Parecía haber llegado una prosperidad general. Mis ingresos eran suficientes para el tipo de vida que gustaba llevar. Trabajaba en mis Memorias, sin dejar los artículos del *Tiempos* y los informes reservados para el Servicio Exterior. Me invitaban a dar conferencias de cuando en cuando. Hará unos seis años que el Partido, recién salido de la clandestinidad a la que fue condenado tras el diecisiete, comenzó a acariciar el poder, aunque de forma relativamente pacífica. El

ahora Gran Conductor fue proclamado Regente de Castalia. Ese puesto le sirvió de base para adueñarse de otros, sin prisa pero sin pausa. Y cuanto más se extendía el Partido más se desvanecía esa prosperidad efímera. Yo lo observaba todo desde una arrogante distancia, satisfecho de ser testigo directo de la incubación de una de esas crisis que sacuden periódicamente a este pueblo. Hace un par de años pareció que la situación se hacía insostenible, pero sorprendentemente el Gran Conductor resultó triunfante. El Generalísimo. Pero para ello metió a la República en una guerra de la que no se sabe como salir.

Termínese la limonada, aún está fresca... ¿no le estaré aburriendo? Sin duda conoce perfectamente los avatares políticos de Hesperia. Quizás hasta lo que pretenden los aliados con su actitud agresiva. Yo, en cambio, no lo entiendo. En mi opinión es temerario arriesgarse a un conflicto generalizado simplemente por los intereses de dos o tres compañías mineras. Y desmembrar la República, repartírsela en zonas de influencia, el sueño de diplomáticos ignorantes de la historia. ¿Tan pronto han olvidado la Gran Guerra?

El año pasado sufrí un percance. Un estúpido accidente doméstico. Me caí en la escalera de esta casa. La pobre Paca creyó que me había matado. Me encontró tirado en el suelo, inconsciente, sangrando por la cabeza como un cerdo. Fui llevado al hospital. La hemorragia era más aparatosa que grave, un corte en el cuero cabelludo... ¿ve la cicatriz? Pero la conmoción cerebral era algo más serio. Afortunadamente en Hesperia la medicina es excelente. Las órdenes de Igeya o de Asclepio forman muy rigurosamente a sus miembros. Me practicaron una pequeña trepanación para descargar la presión sobre el cerebro. Y me recuperé tras unas semanas en el hospital. Pero sucedió algo extraño. Me asaltaban sueños grotescos, absurdos, pero reiterados. Las doctoras lo atribuyeron a las drogas administradas como sedantes. Y fueron desapareciendo, pero dejando tras sí unos recuerdos que me resultaban asombrosos. Es difícil explicarlo. Evocaba unos hechos de mi vida no recordados antes del accidente. Como si hubiera recuperado una memoria perdida. Aunque eran imágenes parciales, fragmentos desordenados, como leer unas pocas hojas arrancadas al azar de un libro.

Recorría una ciudad extraña, oscura, de aspecto irreconocible, aunque sabía que era Mageria. Buscaba algo, no sé qué, acompañado de otras personas. Individuos huraños y silenciosos. No puedo identificarles a todos, pero sí a alguno de ellos. Por ejemplo a un académico, el doctor Járate. Es alguien real, con quien he coincidido en ocasiones en el Eximio Colegio o en la Universidad. Pero nunca me había mencionado esas pasadas aventuras en las que compartíamos una misma obsesión. Una máquina extraordinaria cuyas características recuerdo con más nitidez. Se encontraba en una especie de nave industrial, o quizás fuera un laboratorio electromecánico. No sé cómo, pero ese edificio estaba comunicado con unos espacios subterráneos que albergaban algo terrible, innombrable, peor aún que la propia máquina, con ser ésta un artefacto de finalidad maligna, criminal. Y había otros ingenios, no menos extravagantes, que apenas recuerdo. La máquina, no sé qué otro nombre darle, parecía estar fuera de control y ese era el motivo de nuestra zozobra. Como le digo, entre estos confusos recuerdos destaca la claridad con la que veo cuál era el cometido de la máquina. Emite una luz invisible, como esa que dicen haber descubierto los físicos en algunos metales como el llamado radio. Pero en nuestro caso esa radiación no afecta al mundo material, sino que produce enajenación, locura, destruye no los tejidos vivos sino el alma humana. O la mente, si así lo prefiere. Es curioso, hablo en presente. Estoy convencido de que a día de hoy la máquina sigue funcionando en ese lugar cuyo paradero no consigo localizar.

Noto la incredulidad en su mirada. Soy consciente de que mi relato tiene toda la apariencia, la forma, de un sueño. Sólo eso, una pesadilla recurrente producto bien de las drogas o bien de alguna lesión cerebral, secuela de mi accidente. Pero llevo un largo rato hablando con usted ¿le parezco mentalmente débil, acaso es mi discurso irracional?

Quizás me apresuré al enviar el informe. Creí que la existencia de tal arma debía ser conocida cuanto antes por nuestro gobierno. Pues se trata de un arma, no hay duda. La máquina no es muy grande, cabe en el espacio de un salón de casa. Fácilmente transportable en la bodega de un buque. No sería difícil atracar en los muelles de Westminster o Lutecia y activar ese ingenio. Un ataque sorpresivo, sigiloso, masivamente demoleedor.

En tanto recibía respuesta del Servicio, me afané en busca de explicaciones y pruebas. Probablemente piensa usted que el informe hubiera sido acogido con más atención de haber incluido algunos datos confirmatorios. Pero estaba convaleciente, temeroso de sufrir alguna complicación, un nuevo derrame cerebral de consecuencias impredecibles. No quise arriesgarme a esperar más antes de ponerlo en conocimiento de la superioridad.

Era elemental establecer contacto con las personas identificadas en mis recuerdos. El primer paso, obviamente, pero no tan fácil. De varias conocía perfectamente sus caras, hasta cierto punto su papel en aquella historia, pero no recordaba sus nombres. Imposible localizarles, salvo que por remotísima casualidad me tropezase con alguno en la calle. Había sin embargo un monje, anciano, de profunda sabiduría científica, de nombre Ginés Seco. Y su hábito le delataba como miembro de la Primera Orden de la Reencarnación. La sede central, y única, de esta congregación se encuentra en el convento del mismo nombre situado aquí en Mageria. Fui allí en su busca. Y resultó que había fallecido hace apenas dos años. Parecida suerte tuve en mi intento de hablar con el doctor Járata. De hecho ha muerto hace sólo unos días pero llevaba meses en estado prácticamente vegetativo, aislado para siempre del mundo exterior.

En paralelo a esta fallida indagación, intenté determinar cuándo habían ocurrido los sucesos, la fecha de los mismos. Creo haberle dicho que desde mi juventud llevaba unos diarios. Docenas de cuadernos manuscritos. Son pequeños y cortos, cada uno de ellos, unas libretas manejables. Por eso son muchos y los he utilizado continuamente estos últimos años mientras progresaba en la redacción de mis Memorias. No tenía idea de haber visto en ellos nada relacionado con estos nuevos recuerdos. Pero volví a examinarlos, metódica, escrupulosamente. Y descubrí, para mi sorpresa, que faltaba uno. Por algún motivo no me había percatado de ello antes, lo que me produjo cierta inquietud. Correspondiente a un periodo de un par de meses, cuando viajé a Olisipo en el diecisiete. En la siguiente libreta escribo sobre todo de Dorothy, mi entonces futura esposa. Acababa de conocerla en un hospital de la capital atlántida, donde había estado ingresado a causa de unas fiebres. Ella me había visitado como funcionaria del Consulado, encargada de interesarse por la salud de un compatriota y así la conocí. Pero nada se mencionaba en ese cuaderno

de lo ocurrido durante los dos meses inmediatamente anteriores. No es raro. Mis anotaciones recogían los acontecimientos de cada día, por eso se llaman diarios. Escribí a Dorothy, preguntándola qué sabía del motivo de mi enfermedad, dónde había estado antes, qué le había contado durante mi convalecencia... Conservamos una relación civilizada y me respondió pronto. Poca cosa y muy vaga. Había partido de Olisipo hacia Castalia y caí enfermo. Me resultó complicado volver, tardando mucho en hacerlo a causa de la caótica situación general. Y eso era todo. Lo mismo que yo siempre había recordado. Un largo y desagradable viaje de regreso, de pensión en pensión, febril, escaso de remedios y de atención médica. Sin embargo, al repasar aquello de nuevo concluí que era muy poco para llenar un periodo de varias semanas, incluso teniendo en cuenta la estancia en el hospital. Como si esos recuerdos, digamos oficiales, se hubieran estirado en el tiempo para llenar el vacío producido por algo olvidado, ahora parcialmente recuperado.

Ya ve, no hay testigos ni pruebas documentales. Comencé a temer que todo era producto de mi imaginación, de mi lesionado cerebro. Pero la pérdida de ese cuaderno, precisamente sólo ese, me impedía admitir la derrota. Dejando a un lado los diarios, busqué y rebusqué entre mis demás papeles. No sé si usted lo ha hecho alguna vez con los suyos. Es increíble la cantidad de documentos inútiles que amontonamos durante años. Sobre todo cuando se han cumplido tantos como yo.

¿Es usted afortunado en el juego, señor Bergen? Porque hace un par de días, cuando me anunciaron su inminente visita, el mismísimo día, encontré por fin algo tangible. No se emocione mucho. Es una pista sutil, vaga, muy débil. Quizás inservible pero la única que puedo ofrecerle. Una fotografía. Aquí la tiene.

—No contiene mucha información, ciertamente... ¿quién es el caballero? —inquirió el agente secreto, observando la pequeña estampa, en la que se veía a un ciudadano ya mayor, de pie en la calle de una ciudad cualquiera, mirando a la cámara con aire sorprendido.

—Es Járate y la foto debí tomarla yo. En el reverso figura una fecha, en el diecisiete precisamente, y el nombre del laboratorio de revelado, aún existente y donde siempre llevaba mis películas cuando estaba en Mageria. Pero lo importante no es el personaje. Como he dicho, ya no

está con nosotros. Es el lugar donde fue tomada. Esa reja, ese portón que se ve parcialmente más al fondo... Allí se custodiaba la máquina.

—Humm... mencionó usted un laboratorio o un taller. Este edificio no parece serlo, al menos por lo poco que puede verse de él...

—Tiene razón, pero me es imposible no relacionar el paradero de la máquina con esa imagen. Me basta mirarla para sentir allí al maldito artefacto.

—Pudiera ser la zona de dirección o de oficinas de un complejo industrial más amplio, lo admito.

—A esa conclusión llegué yo también. Pero lamento reconocer que no tengo ni idea de cuál puede ser esa calle, más allá de mi convencimiento de encontrarse aquí, en Mageria.

—No es pequeña esta ciudad. La proverbial aguja en el pajar. Por otro lado, reconocerá usted la dificultad de creer en la existencia de una tecnología tan avanzada, exótica diría yo. Más aún si se piensa que no es Hesperia el paraíso de la investigación científica.

—Es cierto que el desarrollo industrial de la República es inferior al de otras naciones europeas, aunque no tanto como a veces se piensa. Pero un invento, un descubrimiento, puede ser obra de muy pocas personas. Piense en el telégrafo, la radio o el autogiro. Es posible que esta máquina se encontrase en las fases iniciales de ensayo y experimentación.

—Quizás, pero entonces deberíamos concluir que no se obtuvo ningún éxito. Han transcurrido muchos años desde los hechos que usted menciona y nada se ha sabido del invento ni de los inventores.

—Yo también me hago esa reflexión... pero... mire, no tengo más opción que serle totalmente sincero. Hay algo claro en mis recuerdos: esas personas, Járate, Seco y los demás, no eran los inventores, los constructores de la máquina. Ésta era mucho más antigua, anterior a todos ellos, que no eran precisamente jóvenes. Eran los encargados de su custodia, de su manejo, de ahí el problema que les abrumaba, su mal funcionamiento. Una avería o tal vez el desgaste propio de la vejez. No quería decirle esto porque comprendo que hace mucho más difícil creerme, pero así es.

—Ciertamente no me lo pone usted fácil, aunque agradezco su sinceridad. En fin... ¡qué diablos! Voy a investigar esto. Conste que no creo vaya a encontrar nada, pero si lo hiciera, si diera con esa máquina fantástica, será una misión mucho más relevante, más divertida incluso,



que las que me veo obligado a cumplir habitualmente. Citarse con traidorzuelos en hoteles de tercera para comprarles documentos perfectamente prescindibles. Seducir funcionarias maduras para conseguir la agenda de algún ministro extranjero. La neutralización de cretinos lenguaraces. Una vulgaridad, el espionaje está muy sobrevalorado. Lo sabe usted perfectamente. También ha trabajado para los Servicios.

—En realidad yo era de los que redactaban esos documentos y nunca he seducido ni neutralizado a nadie pero entiendo lo que quiere decir... le estoy infinitamente agradecido por proseguir con esta investigación... ¡Paca! ¿Está ya la mesa? Pasemos dentro, estaremos un poco más frescos.

—¿Y qué tal ha ido la entrevista?

—Interesante. El señor Hudson se conserva en perfectas condiciones mentales. Aunque no puede resistirse a echar una siesta. Así le he dejado. Pero tenemos algo que hacer. Visitar un establecimiento comercial, se llama simplemente Silverio Fotografía. En la calle del Arenal.

—Está por el centro, cerca de la Plaza del Sol. No demasiado lejos de su hotel. Pero estará cerrado a esta hora. El señor Hudson no es el único aficionado a la siesta.

—Déjeme entonces en el Victoria. Me acercaré más tarde. No hace falta que me acompañe. Venga mañana, después de desayunar. Hacia las diez, pongamos.

Descansado, lavado y mudado, el señor Bergen se encaminó en busca del negocio fotográfico, aprovechando el vespertino paseo para explorar el ambiente urbano de la vieja Mageria central. Muchas tiendas cerradas, unas por las vacaciones veraniegas, otras definitivamente. Bajas en el comercio estable sustituidas por abundantes y pegajosos vendedores callejeros, de muy diversa índole y condición. No pocos de ellos vestían, a pesar del calor, largas gabardinas o sobretodos que abrían para mostrar sus productos a los clientes de confianza. Clientela también numerosa, observando el señor Bergen que prácticamente todo transeúnte, con independencia de clase, edad o sexo, iba provisto de bolsa, cartera, morral u otro medio similar donde guardar las eventuales compras, prudente previsión dada la precariedad del suministro incluso en ese ágil mercado peripatético. Compras o permutas, porque pudo apreciar también que

el intercambio era un procedimiento tan frecuente como el pago en metálico. Un clásico escenario de escasez y racionamiento, se dijo el agente secreto, preguntándose hasta cuando resistiría el Gran Conductor una situación semejante. Por no mencionar la guerra y su continuo goteo de muertos, heridos y mutilados.

El aspecto extranjero y elegante del señor Bergen constituyó un imán para los mercaderes, que le acosaron a lo largo de su paseo ofreciendo todo tipo de productos e incluso de servicios personales. Abriéndose paso con cortesía pero con firmeza, el presunto escritor llegó a su meta, afortunadamente abierta, pasando a un oscuro interior atendido por el propio dueño del negocio, veterano fotógrafo de buena memoria.

Sí, aquella foto pertenecía a un carrete revelado hacia el diecisiete. No, no guardaba copias, ni de esa ni de las demás contenidas en la película. Lo normal era entregar negativos y copias al cliente, por supuesto. Tampoco hubiera servido de nada haber conservado algo. En ese año infausto el local fue asaltado por unos desconocidos, causando grandes destrozos. Ni idea de donde se hizo la foto. Puede ser Mageria, claro. El edificio de atrás parece antiguo. Se puede reproducir el ejemplar mostrado por el cliente, fotografiándolo en el estudio. Aquí mismo, claro. Si no quiere separarse de la pieza, deberá esperar un rato a que prepare el instrumental ¿veinte copias iguales? Podría recogerlas mañana por la tarde. Sí, es costumbre pagar por adelantado.

No esperaba mucho Jakob Bergen de su gestión en Silverio Fotografía, y al salir prefirió acercarse a la Gran Vía, donde se concentraba buena parte de los restaurantes y locales de espectáculo de la capital, buscando cómo matar la noche antes de regresar al hotel. Reinaba intensa animación en esa calle de nombre excesivo, circunstancia no muy sorprendente, se dijo Bergen. Explicable por el afán general de dejar de lado las miserias diarias, al menos por un rato, de adelantarse a un mañana incierto, unido a la inevitable profusión de gentes enriquecidas con la guerra, el estraperlo, el racionamiento o el tráfico de permisos y licencias oficiales. Mucho uniforme, mucho cargo del Partido, mucho intermediario, mucha señorita de compañía, agradadores de todos los sexos, lacayos y sirvientes. No pasó desapercibido el agente secreto, objeto de las miradas curiosas o especulativas de unos y unas, evaluando su idoneidad bien como socio

capitalista de negocios efímeros, bien como consumidor de favores de alto precio.

Desdeñando aquel coro de mudas sugerencias, Jakob Bergen recaló en la terraza de un casino, de más clase que la media circundante y donde esperaba supiesen preparar su combinado favorito, a base de aguardiente de Moscovia. Tuvo éxito en sus pretensiones, una vez explicado al barman el procedimiento exacto de elaboración del bebedizo, y llevaba un rato sentado observando la fauna callejera y saboreando la copa, ya la segunda, cuando se fijó en un carruaje detenido a pocos metros de él.

Se había vuelto a producir un atasco en el tráfico rodado, embotellamiento que ya duraba unos minutos, generando un disonante concierto de bocinazos y juramentos, sin que ello produjese el más mínimo efecto en la obstrucción. Algunos pasajeros habían abandonado sus inmóviles vehículos, para estirar las piernas o atisbar los motivos del percance. Y de un coche próximo a la acera, remolcado cuando podía hacerlo por un viejo percherón, descendió una pasajera en quien se concentró toda la atención del espía britano.

Era una mujer joven, cuya figura espigada y diáfana indumentaria recordaron a Bergen las diosas o reinas egipcias alojadas en el Museo Britano. Pero no de congelada piedra, pues la muchacha saltaba sobre el estribo del coche, y de ahí al suelo y vuelta arriba, nerviosa como una jaca a punto de emprender una carrera, exhibiendo airosa espalda, vibrantes caderas y largas piernas, formas bien delineadas bajo la fina tela de su vestido veraniego. Animose el espía bebedor a la vista del hermoso espectáculo y se levantó con la intención de invitar a la seductora desconocida a compartir mesa y copa, alternativa muy superior a la parálisis circulatoria. Pero había perdido en la observación de su presa un tiempo precioso, porque bruscamente, sin motivo discernible, se disolvió la aglomeración, los impacientes carros y carruajes se pusieron en marcha y la joven saltó al interior del suyo que ya partía.

Pero se asomó un instante sobre la portezuela, mirando fugazmente hacia atrás, deseosa de identificar al autor del repaso visual, perfectamente detectado mediante el especializado sentido de que están dotadas señoritas y señoras. Cumplido esto se retiró al interior, mientras el coche continuaba su marcha Gran Vía abajo, hacia el canal del Verdugal. Quedó Bergen

atrás en la acera, satisfecho al comprobar que el rostro de la muchacha no desmerecía en absoluto de sus demás atributos, a pesar de las originales y poco discretas antiparras que protegían sus ojos.

El buen cazador no llora ocasiones perdidas, confiando en que siempre habrá otras y Bergen regresó a su mesa con no poco alivio del camarero, temeroso de que los movimientos de su cliente sólo fuesen el preludio de una fuga sin pagar. Terminó su copa, abonó lo debido y se dirigió a otro local, entrevisto en una bocacalle y del que había oído hablar. El Cabarete Rojo, se llamaba. Podría cenar algo y sin duda confraternizar con damas que no tendrían tanta prisa por marcharse.

Guerra colonial, bloqueo de la República por las potencias europeas, intrusión del más temible agente secreto del Reino de Britania, el descubrimiento de una antigua calamidad... no llega la paz a los beneméritos funcionarios del Registro Central de Antiguallas. A las agresiones externas se añade una misteriosa mutación que amenaza con despojar a los protagonistas de su condición humana. Apenas dos años después de destruir al Durmiente se enfrentan a ulteriores peligros, no sólo naturales, y también a las diarias estrecheces propias de una sociedad empobrecida. Continuación de *Sótano 3*, nuevos personajes se unen a los veteranos en una aventura que les lleva desde el desierto africano a las orillas del Sena.

